

Historias Acuarianas Para Niños

El Sueño de Betty

Por Esther Tobiason

Betty había sido grosera, y su mamá le dijo que se sentara en el sillón grande para pensar en cómo le gustaría que la trataran a ella, igual que ella había tratado a su hermanita pequeña. Pero Betty no estuvo callada mucho tiempo, porque se quedó profundamente dormida. La verdad, una de las razones por las que había estado de mal humor era que estaba muy cansada y soñolienta, pues no había obedecido a su mamá la noche anterior y no se había acostado cuando le dijo.

De repente, Betty escuchó algo que tintineaba. Al levantar la vista, ¿qué crees que vio? A un hombrecito, no más grande que su pie. En la mano tenía un collar muy extraño, el más raro que Betty había visto nunca. Las cuentas le parecieron interesantes, pero no le gustó que ese hombrecito tan gracioso la hubiera despertado, así que le dijo:

—Seguro que no eres un hombrecito educado.

Pero el hombrecito, en lugar de responder, agregó otra cuenta al collar. Betty notó que no era bonita. Era de color rojizo, pero, a diferencia de otras que ya estaban en el collar y eran transparentes, esta se veía oscura y turbia.

Aunque Betty había decidido no volver a hablarle, sintió curiosidad por saber por qué había elegido una cuenta tan fea, y le preguntó:

—¿Por qué no escogiste una cuenta bonita para el collar?

Y entonces, ¿qué crees que pasó? El hombrecito levantó la vista y, con la cara más triste del mundo, respondió:

—A mí me encantaría ensartar solo cuentas hermosas, pero tú no me dejas.

—¿Yo no te dejas? —exclamó Betty, muy sorprendida—. ¿Qué tengo yo que ver con las cuentas que eliges?

—No —respondió el hombrecito—, tú no me dejas.

—Pero si nunca te había visto antes —dijo Betty—, y ni siquiera quiero ese collar porque mezclaste cuentas feas con las bonitas.

El hombrecito volvió a ponerse muy triste y dijo:

—Lo siento mucho, señorita Betty, pero estas son **tus** cuentas. ¿Te gustaría saber cómo se volvieron tuyas?

—Sí —dijo Betty—, ¿me lo cuentas?

—Bueno —empezó el hombrecito—, es una historia un poco larga, pero como fui tan grosero al despertarte, será mejor que te la cuente. Empezaré por el principio del collar. ¿Ves esta cuenta pequeñita y hermosa, como una perla de color rosa pálido?

—Sí —dijo Betty—, es muy bonita. Ojalá todo el collar fuera así. ¿Cómo se volvió mía?

—¿Recuerdas cuando eras muy pequeña y tu mamá te pidió que recogieras los juguetes de tu hermanita, y tú respondiste: "Sí, mamá querida, los recogeré"? —Betty no lo recordaba. Había pasado cuando era muy pequeña.

Pero el hombrecito le dijo:

—No importa si lo recuerdas o no. Esta cuenta es el recuerdo de esa buena acción. Es bonita porque hiciste feliz a tu mamá.

Betty se sintió muy contenta de haberse ganado una cuenta tan linda y de haber hecho feliz a su mamá. Pero entonces vio que la siguiente cuenta era de un color verdoso, oscuro y turbio.

De nuevo el hombrecito se puso triste y continuó:

—Una vez, tu tía Edna trajo un juguete bonito para tu hermana pequeña, y tú se lo quitaste porque lo querías para ti. Cada vez que sientes envidia o celos, te ganas una cuenta verde oscura y turbia.

Betty sintió muchas ganas de llorar, porque estaba muy apenada por haber tomado algo que no era suyo. Pero no se atrevió a llorar, pues temía que el hombrecito tuviera que agregar otra cuenta fea al collar.

¡Pero, oh! La siguiente cuenta era un rubí rojo, hermoso y brillante. Era tan bello que Betty supo que debía ser un rubí de verdad.

El hombrecito pareció leerle sus pensamientos y dijo:

—Sí, es un rubí de verdad. Una vez salvaste a un gatito de que lo lastimara un perro grande. Tú misma le tenías miedo al perro, pero no dejaste que lastimara al gatito. Y así, porque fuiste valiente y protegiste a alguien más débil que tú, te ganaste esta hermosa cuenta.

Betty recordó ese momento. Sí, había tenido miedo del perro grande, pero sabía que el gatito corría peligro. Y el gatito, tan agradecido, se acurrucó en sus brazos y ronroneó para darle las gracias.

La siguiente cuenta del collar era un ámbar grande y brillante. Betty estaba segura de que debía ser el recuerdo de algo bueno, y esperó que el hombrecito le contara de qué se trataba, porque la hacía muy feliz saber que todas las cosas buenas que había hecho no se olvidaban.

Esta vez, el hombrecito sonrió y le preguntó a Betty si recordaba cómo le habían dicho que se lavara los dientes cada día, que respirara profundamente y que comiera cosas que la mantuvieran fuerte y sana. Betty sí lo recordaba. Y también recordaba que había decidido sorprender a su mamá haciendo todo eso sin que ella tuviera que decírselo cada día.

Entonces el hombrecito le dijo que, mientras ella cuidara bien su cuerpo, eso haría que el ámbar brillara más y más.

Y entonces ocurrió algo extraño: el hombrecito se desvaneció. El collar de cuentas pareció extenderse y los colores rodearon a Betty por completo. Luego escuchó una vocecita que decía:

—Si quieres que solo haya cuentas hermosas en el collar de tu vida, recuerda decir cada día:

*Hoy pensaré pensamientos buenos,
haré solo buenas acciones,
seré amable con todos los seres vivos.
Mi corazón será puro como una rosa blanca
y verá a Dios en todas las cosas.*